

PHILIP JENKINS

LA HISTORIA OLVIDADA DEL CRISTIANISMO

El milenio dorado de la Iglesia en
Oriente Medio, África y Asia...
y su destrucción

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2020

Tradujo Juan García-Baró Huarte del original inglés

The Lost History of Christianity © 2008 by Philip Jenkins

Published by arrangement with HarperOne, an imprint of HarperCollins Publishers

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2061-1

Depósito legal: S. 53-2020

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación. Sobre tópicos y estereotipos</i>	8
1. El fin del cristianismo global	13
2. Las Iglesias del Oriente	63
3. Otro mundo	93
4. La gran tribulación	121
5. Los últimos cristianos	171
6. Fantasmas de una fe	209
7. Cómo mueren las religiones	249
8. El misterio de la supervivencia	269
9. Finales y principios	291
<i>Índice de nombres, topónimos y temas</i>	309
<i>Índice general</i>	315

EL FIN DEL CRISTIANISMO GLOBAL

Las religiones mueren cuando se demuestra que son ciertas. La ciencia es el archivo de las religiones muertas (Oscar Wilde).

Las religiones mueren. En el curso de la historia, algunas se desvanecen por completo y otras, que un día estuvieron extendidas por el mundo, pasan a tener solo un puñado de adeptos. Del maniqueísmo, que una vez contó con creyentes en todos los países entre Francia y China, no queda ninguna forma organizada o funcional; asimismo, tampoco existen las creencias que hace medio milenio predominaban en México y Centroamérica. En algunos casos, las religiones sobreviven en ciertas partes del mundo, pero se extinguen en territorios que antes consideraron suyos. Durante mil años, la India fue básicamente budista, pero hoy esta fe allí se ha convertido en marginal. En Persia hubo un tiempo en el que dominó el zoroastrismo, y en la mayor parte de España el islam. No resulta difícil encontrar países, y hasta continentes enteros, que fueron vistos en su día como la patria natural de una fe que actualmente se ha extinguido. Tales desastres no se limitan a creencias ancestrales o «primitivas»; de hecho, las que hoy consideramos grandes religiones del mundo son tan vulnerables a la destrucción como la fe que profesaban los aztecas o los mayas a sus dioses particulares¹.

1. James Bissett Pratt, *Why Religions Die*, University of California Press, Berkeley 1940. Sobre la eliminación del budismo indio, cf. Charles Allen, *The Buddha y the Sahibs*, John Murray, London 2002. Sobre el zoroastrismo, cf. Jamsheed K. Choksy, *Conflict and Cooperation*, Columbia University Press, New York 1997.

El cristianismo también ha desaparecido en más de una ocasión de regiones donde antaño floreció. En la mayoría de los casos, la eliminación ha sido tan completa que incluso se ha borrado el recuerdo de que alguna vez hubo allí cristianos, hasta el punto de que hoy, cuando se presentan en la zona, se los mira como una especie invasora llegada de Occidente.

Sin embargo, esta destrucción de iglesias no casa con las nociones que la mayoría de la gente tiene sobre la historia del cristianismo. De hecho, la historia de la iglesia suele imaginarse como un proceso de expansión continua, primero de Oriente Medio hacia Europa y, desde allí, al mundo entero. El cristianismo se habría expandido sin oposición e inexorablemente: no se concibe que haya sufrido retrocesos o reveses serios. Los grandes desastres o persecuciones se suelen presentar como preludios de avances aún mayores, como ocasiones de resistir heroicamente a la opresión. Los protestantes recuerdan que su fe sobrevivió a todos los ataques y matanzas de las guerras de religión; los católicos, que ni las mayores atrocidades de los regímenes protestantes y ateos consiguieron silenciar la verdadera fe. Modernos observadores son testigos de cómo las iglesias logran sobrevivir al comunismo y finalmente triunfan sobre él, en un proceso simbolizado por la figura del papa Juan Pablo II. Como dice el himno, la verdad resistirá la prisión, el fuego y la espada².

Cualquiera que esté mínimamente familiarizado con la historia del cristianismo ha leído sobre el anuncio, nacimiento y desarrollo de las iglesias. Pero ¿y sobre el agostamiento y la extinción de comunidades o de instituciones cristianas? Ya el mero concepto resulta perturbador para la mayoría. Sin embargo, el hecho es que tales cosas han sucedido, y con más frecuencia de lo que normalmente se cree. Durante la Baja Edad Media las defecciones en masa y las persecuciones devastaron las que hasta entonces habían sido algunas de las comunidades cristianas más numerosas del mundo, iglesias que procedían

2. Michael Burleigh, *Sacred Causes*, Harper Collins, New York 2007.

y que derivaban culturalmente de lo más original del movimiento en Siria y Palestina. El Japón del siglo XVII aniquiló la presencia cristiana, que estaba cerca de convertirse en una fuerza real en el país y posiblemente hasta de conseguir la conversión nacional. A lo largo de la historia, el árbol de la iglesia ha sido podado y tronchado en repetidas ocasiones, y a menudo de formas crueles³.

Estas aniquilaciones o eliminaciones masivas son lo que más ha determinado el imaginario que hoy persiste en nosotros de la fe cristiana. Estamos tan acostumbrados a situar esta tradición religiosa en Europa y América que solo poco a poco, al ver que sus cifras aumentan en África y Asia, vamos asumiendo la extraña idea de que pueda hacerse global. Tan unido está el cristianismo a la cultura occidental que parece casi revolucionario admitir este tipo de globalización, con todo el impacto que tendrá en la teología, el arte y la liturgia. La fe asociada principalmente a Europa debe adaptarse ahora a un mundo más amplio y, para ello, modificar muchos de sus presupuestos, que están tomados de la cultura europea. Algunos incluso se preguntan si el nuevo cristianismo global seguirá siendo del todo auténtico, dado que para ellos las normas europeas parecen representar algo así como su proporción áurea⁴.

Pero tal pregunta se revela absurda cuando repasamos la historia cristiana en su amplitud, cuidándonos de exagerar el

3. C. R. Boxer, *The Christian Century in Japan, 1549-1650*, University of California Press, Berkeley 1967, cuya primera edición es de 1951; Andrew C. Ross, *A Vision Betrayed*, Orbis, Maryknoll NY 1994.

4. Philip Jenkins, *The Next Christendom*, Oxford University Press, New York 2002; Lamin Sanneh, *Disciples of All Nations*, Oxford University Press, New York 2007. En años recientes, varios escritores han intentado producir historias del cristianismo realmente globales. Así, por ejemplo, Adrian Hastings (ed.), *A World History of Christianity*, Eerdmans, Grand Rapids MI 1999; David Chidester, *Christianity: A Global History*, Harper-One, San Francisco 2000; Dale T. Irvin - Scott W. Sunquist, *History of the World Christian Movement: Earliest Christianity to 1453*, Orbis, Maryknoll NY 2001; Paul R. Spickard - Kevin M. Cragg, *A Global History of Christians*, Baker, Grand Rapids MI 2001; John W. Coakley - Andrea Sterk (eds.), *Readings in World Christian History I*, Orbis, Maryknoll NY 2004; Martin E. Marty, *The Christian World*, Modern Library, New York 2008.

papel de Europa y América. Comprobamos entonces que la particular forma de cristianismo a la que estamos acostumbrados difiere radicalmente de la que, durante más de un milenio, fue su norma histórica. Y es que antes hubo otro cristianismo global. De hecho, durante la mayor parte de su historia, hasta el siglo XIV, el cristianismo fue una religión de tres continentes, con fuerte presencia tanto en Europa como en África y Asia. Se volvió predominantemente europeo no porque este continente sintiera por él alguna afinidad especial, sino por defecto: porque en Europa no fue destruido. Las cosas muy bien podrían haber ocurrido de forma distinta.

Al describir en este libro la caída de las iglesias de fuera de Europa no estoy llorando la pérdida de una hegemonía mundial del cristianismo que nunca existió; menos aún estoy lamentando el fracaso cristiano a la hora de resistir ante religiones rivales como el islam. Ciertamente, lamentamos la destrucción de una cultura que en su día fue floreciente, pero del mismo modo que lamentamos la desaparición de la España musulmana, la de la India budista o la de los mundos judíos de Europa del este. La destrucción de cualquier tradición religiosa significativa —exceptuando la de unos pocos credos particularmente sanguinarios o violentos— es una pérdida irremplazable para la experiencia y la cultura humanas. Aparte de eso, la experiencia cristiana ayuda a entender el destino de otras religiones que han sido perseguidas o eliminadas. Si una fe tan vigorosa y generalizada como era el cristianismo en Oriente Medio y Asia ha podido caer en el olvido total, ninguna religión está a salvo. Y los procesos que causaron este asombroso hundimiento deberían despertar un gran interés en cualquiera que se pregunte por el futuro de un credo o una confesión. Además, y sobre todo, redescubrir los mundos perdidos del cristianismo de África y Asia nos llama a ser modestos en lo relativo a la memoria histórica, pues ¿cómo hemos podido olvidar una historia tan rica? Mucho de lo que creemos saber de la historia del cristianismo, que solemos asociar a la formación de «Occidente», es inexacto en cuanto a las fechas y a las épocas en

que ocurrieron los cambios religiosos, y asimismo en cuanto a cómo ocurrieron. Más aún, muchos aspectos del cristianismo que creemos absolutamente modernos eran, de hecho, la norma en el pasado lejano; por ejemplo, la globalización, el encuentro con otras creencias y los dilemas que acarrea vivir bajo regímenes hostiles. ¿Cómo hemos llegado a tener una idea tan distorsionada del pasado?

UN TERCER MUNDO CRISTIANO

Gran parte de lo que hoy denominamos mundo islámico fue antes cristiano. La religión se originó y tomó forma en Siria-Palestina y Egipto, y siguió habiendo importantes comunidades cristianas en estos territorios hasta mucho después de las conquistas árabes. Todavía en el siglo XI vivía en Asia al menos un tercio de los cristianos del mundo, y alrededor de una décima parte habitaban en África (cifra que en este continente no se volvió a alcanzar hasta la década de los sesenta del siglo XX). En 1250, el mundo cristiano se seguía extendiendo hacia el este desde Constantinopla hasta Samarcanda (por lo menos) y hacia el sur desde Alejandría hasta el desierto de Ogadén, casi en el ecuador del continente africano⁵.

5. Las estimaciones son de David B. Barrett, *World Christian Encyclopedia*, Oxford University Press, Nairobi 1982. Los especialistas hace mucho que conocen estas iglesias asiáticas y sus misiones. Cuando las iglesias de Oriente entraron en declive, se convirtieron en objeto de un nuevo ámbito de estudio académico: «Oriente cristiano». La obra fundacional fue *Oriens Christianus in Quatuor Patriarchatus Digestus*, de Michel Le Quien, publicada póstumamente en 1740. Este subgénero del orientalismo floreció durante el siglo XIX, cuando numerosos viajeros europeos y americanos acudían a los monasterios siriacos y coptos, muchas veces buscando manuscritos. Entre los títulos más significativos están Asahel Grant, *The Nestorians; or, The Lost Tribes*, Harper, New York 1841, y George Percy Badger, *The Nestorians and Their Rituals*, J. Masters, London 1852; también Thomas Laurie, *Dr. Grant and the Mountain Nestorians*, Gorgias Press, Piscataway NJ 2005, y William Taylor, *Antioch and Canterbury*, Gorgias Press, Piscataway NJ 2006. Sobre el descubrimiento de Egipto, cf. Somers Clarke, *Christian Antiquities in the Nile Valley*, Clarendon Press, Oxford 1912. En el siglo XVIII, Edward Gibbon conocía bien las misiones nestorianas, y en los años veinte y treinta del siglo XX Kenneth S. Latourette dio a conocer la historia al público en general. Latourette fue uno de los

Cuando dejamos de fijarnos en Europa, todo lo que creíamos saber sobre el cristianismo cambia, como en un caleidoscopio, de forma casi alarmante. Tomemos, por ejemplo, un instructivo punto de inflexión en la historia del cristianismo occidental. En el año 800, el rey de los francos, Carlomagno, había unificado Europa bajo un solo gobierno cristiano. El día de Navidad de aquel año, en Roma, el papa lo coronó emperador, consagrando así la duradera unión entre Iglesia y Estado en el Occidente medieval. Para no pocos observadores modernos, esta coronación simboliza mucho de lo que hay de criticable en la historia del cristianismo: su alianza con el poder estatal, su naturaleza eurocéntrica y su arrogante aislamiento del resto de culturas y credos. Hoy el término «cristiandad» evoca en muchos un régimen teocrático donde los códigos morales y de conducta más severos se imponían por ley, y los judíos y los de fuera eran excluidos, violentados y despreciados. En un mundo que solo conservaba retazos de la tradición y las ciencias clásicas, los Estados cristianos no se encontraban culturalmente a la altura. Y aunque Carlomagno promoviera su particular «renacimiento», aquella iniciativa palidece cuando la comparamos con el mundo antiguo, y no digamos con el Renacimiento del siglo XV.

Los historiadores pueden debatir todo lo que deseen sobre la cristiandad de Carlomagno, pero esta, en último término, solo constituye una parte de la historia cristiana, que es inmensamente más diversa y grandiosa de lo que los estereotipos sugieren. Cuando hablamos de la iglesia medieval solemos referirnos a las condiciones de Europa occidental y no al mundo oriental, cuyo centro estaba en Constantinopla y era mucho más rico y

modernos historiadores de la iglesia más influyentes, y sus obras se convirtieron en libros de texto habituales en seminarios y departamentos de historia. A pesar de todos estos esfuerzos, la historia es prácticamente desconocida para la mayoría de los cristianos europeos y americanos. Kenneth Scott Latourette, *A History of Christian Missions in China* (1929), Russell y Russell, New York 1967. Kenneth Scott Latourette, *A History of the Expansion of Christianity I-VII*, Harper, New York 1937-1945; el vol. II se titula *The Thousand Years of Uncertainty, A.D. 500 - A.D. 1500*.

sofisticado. Además, existía un tercer mundo cristiano, un vasto y complejo territorio que se extendía por gran parte de Asia.

Para apreciar hasta qué punto era distinto este cristianismo oriental, considérese la figura de un contemporáneo de Carlomagno, el obispo Timoteo. Hacia el 780, cuando contaba cincuenta y dos años —edad que superaba con creces la esperanza de vida de la época—, fue elegido patriarca (*catholicós*) de la Iglesia de Oriente, cuya sede se encontraba en la antigua ciudad mesopotámica de Seleucia. Tras dedicar su vida a las conquistas espirituales con el mismo ardor que Carlomagno empleara en edificar su imperio terrenal, murió en 823 casi centenario. El prolongado ministerio episcopal de Timoteo cuestiona mucho de lo que creemos saber sobre la historia del cristianismo; concretamente, en aspectos como los territorios de influencia, la relación con el poder estatal, el alcance cultural y la interacción con otras religiones. En términos de prestigio y de extensión geográfica de su autoridad, Timoteo quizá fuera el líder espiritual cristiano más importante de la época. Su influencia era mucho mayor que la del papa de Roma y no tenía nada que envidiar al patriarca ortodoxo de Constantinopla. Es muy probable que una cuarta parte de los cristianos del mundo tuvieran a Timoteo como su guía espiritual y político. Y, por supuesto, nadie discutía su derecho a declararse sucesor de la antigua iglesia apostólica, del mismo modo que el papa de Roma⁶.

La mayoría de los occidentales, siguiendo el libro de los Hechos, piensa la historia de la iglesia desde la expansión del

6. Cf. Raphaël J. Bidawid, *Lettres*. Seleucia y la capital parta Ctesifonte estaban unidas, y la sede patriarcal a veces es llamada Seleucia-Ctesifonte. Sobre las iglesias «orientales», cf. Walter F. Adeney, *The Greek and Eastern Churches*, C. Scribner's Sons, New York 1908; Adrian Fortescue, *The Lesser Eastern Churches*, Catholic Truth Society, London 1913; Beresford James Kidd, *The Churches of Eastern Christendom from A.D. 451 to the Present Time*, Faith Press, London 1927; Donald Attwater, *The Christian Churches of the East I-II*, Bruce Pub. Co., Milwaukee 1947-1948; Aziz S. Atiya, *A History of Eastern Christianity*, University of Notre Dame Press, Notre Dame IN 1967. Ken Parry, *Eastern Christianity*, Routledge, New York 2006; Ken Parry - David J. Melling - Dimitri Brady - Sidney H. Griffith - John F. Healey (eds.), *The Blackwell Dictionary of Eastern Christianity*, Blackwell, Oxford 2000.

cristianismo hacia el oeste: Grecia, el mundo mediterráneo y Roma. Pero aunque muchos de los primeros cristianos, en efecto, viajaron hacia Occidente, muchos otros –probablemente más– lo hicieron por las rutas terrestres a través de lo que hoy conocemos como Irán e Irak, donde fundaron iglesias importantes y duraderas. Gracias a su ubicación –cerca del Imperio romano, pero lo bastante lejos de él para evitar su injerencia militar–, en las tierras de Mesopotamia se conservó una preponderante cultura cristiana al menos hasta finales del siglo XIII. Por el número y esplendor de sus iglesias y monasterios, su ingente erudición y su deslumbrante espiritualidad, Irak fue hasta el final de la Edad Media un destacado centro espiritual del cristianismo. Al menos, tanto como lo fueron Francia, Alemania e incluso Irlanda.

En Irak y en Siria estaban las sedes de dos grandes iglesias transnacionales declaradas heréticas por católicos y ortodoxos: la nestoriana y la jacobita. Hasta bien entrada la Edad Media, entre los baluartes cristianos de Oriente Medio pueden citarse ciudades como las iraquíes Basora, Mosul, Kirkuk o Tikrit –donde nació Sadam Huseín–, que han sido activos enclaves cristianos hasta bastantes siglos después de la llegada del islam. Por su parte, Nísibe y Jundishapur fueron renombrados centros de enseñanza que mantuvieron viva la herencia cultural del mundo antiguo, tanto grecorromano como persa. En cuanto al conocimiento de la tradición y las ciencias clásicas, las iglesias orientales estaban en el año 800 a un nivel que la Europa latina no alcanzaría hasta, al menos, el siglo XIII.

Para entender la historia del cristianismo en Asia, debemos abandonar todos los tópicos y las imágenes de los llamados años oscuros. Desde la perspectiva del obispo Timoteo, la cultura y las enseñanzas del mundo antiguo nunca se perdieron; y, sobre todo, nunca se rompió el vínculo con la iglesia primitiva. Entre el mundo feudal latino del Medioevo y la primera iglesia semítica de Oriente Medio las diferencias son evidentes; entre ellas destaca que la Iglesia de Oriente seguía pensando y hablando en siríaco, lengua semita usada por Timoteo y sus se-



Mapa 1. Metropolitanos nestorianos



ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN. Sobre tópicos y estereotipos	8
1. EL FIN DEL CRISTIANISMO GLOBAL	12
Un tercer mundo cristiano	17
Los países del Sol naciente	24
Una fe conversa con otra	31
Construyendo el Oriente cristiano	34
Rehaciendo el mapa del mundo	36
El fin de un mundo	39
Separados de sus raíces	41
En busca de una corriente principal	42
Cómo mueren las religiones	44
El triunfo de la persecución	47
Los supervivientes	51
Fantasmas	53
Pasado y presente	57
La historia aciaga	61
2. LAS IGLESIAS DEL ORIENTE	63
El cristianismo y Europa	65
Avanzando hacia Oriente	68
Los reinos perdidos	72
Nestorianos y jacobitas	76
Paisajes	78
Entre los ríos	81
Hasta los confines del mundo	83
China y la India	85
¿Convertirse Asia?	90
3. OTRO MUNDO	93
El cielo y la tierra	93
Los elegidos y solitarios	96

La época de los milagros	98
La erudición	100
El último renacimiento	103
Desde las primeras épocas	106
Iglesia y Biblia	111
El trabajo de interpretación	113
Cristianos y asiáticos	116
El sueño de Bar Sauma	118
4. LA GRAN TRIBULACIÓN	121
Los nuevos amos	125
<i>Dhimmis</i>	131
Supervivencia	137
Comienza el colapso	142
Falso amanecer	148
La fe de los mongoles	151
Las grandes persecuciones	154
La creación de Turquía	161
Se extiende la ruina	163
Un mundo más frío	166
5. LOS ÚLTIMOS CRISTIANOS	171
Los cristianos conquistados	174
Expansión europea	177
Bajo los nuevos amos	181
Los números disminuyen	187
La crisis otomana	190
Nuevas purgas de cristianos	192
El año de la espada	195
La última defensa	199
Los mártires de Irak	205
6. FANTASMAS DE UNA FE	209
Después del cristianismo	211
De iglesias a mezquitas	216
En las fuentes del islam	221
Árabes y cristianos	226
Comienza la construcción de mezquitas	231
Musulmanes y cristianos	233
Místicos	237

Santos	242
Santuarios	245
7. CÓMO MUEREN LAS RELIGIONES	249
Estados y naciones	251
Además de la persecución	254
El poder del islam	256
El idioma de la fe	263
El éxito atrae al éxito	266
8. EL MISTERIO DE LA SUPERVIVENCIA	269
Supervivencia y ruina	269
El éxito copto	273
Qué hubiera pasado en Europa si... ..	275
Adaptándose	277
Geografía de la supervivencia	279
El fin de los supervivientes	283
Algunas lecciones importantes	286
9. FINALES Y PRINCIPIOS	291
En busca de una explicación del desastre	293
Como una vela nocturna	297
Dios en la historia	301
Ganarse el mundo	304
<i>Índice de nombres, topónimos y temas</i>	309

ÍNDICE DE MAPAS

1. Metropolitanos nestorianos	26
2. La expansión del cristianismo	37
3. El mundo de tres lóbulos	38
4. El imperio sasánida persa	69
5. El corazón del Oriente Medio cristiano	79